

No sólo no había ganado, sino que además había sido una derrota verdaderamente humillante. Aquel entrenador le había vencido prácticamente con los ojos cerrados. Pero Ash no estaba seguro de qué era lo que le estaba haciendo más daño... Por una parte tenía el dolor de haber perdido, sin embargo, también le temía a la decepción. Había ido con tanta seguridad que ahora le estaba pareciendo imposible tener que asimilar algo así. Todos aquellos que confiaban en él... ¿qué pasaría ahora? Quizás le perderían respeto, o peor aún, ¿y si le abandonasen? Eso... eso sí que no podría soportarlo. Él siempre había fingido ser muy duro, muy independiente, sin embargo le tenía un temor absoluto a la soledad, un temor que le impuso su padre contra su voluntad. Su madre nunca había nombrado a ese hombre desde que murió, aunque Ash tampoco se atrevió nunca a preguntar. Después de todo, sabía perfectamente que fue asesinado por un pokémon. De ahí su extraño y exagerado afán por conseguir todos los pokémon del mundo, pero hasta la fecha, no había conseguido ni siquiera deducir cuál de esos animalejos podría haber sido capaz de matarlo. Cuando Ash se quiso dar cuenta, estaba llorando. Tenía a Misty a su lado y hablándole, aunque él no lograba entender nada de lo que le estaba diciendo. Sus amigos pensaron que sus lágrimas eran causa de la derrota, sin embargo, el joven entrenador se había olvidado de ella.

En la 225 del Hotel de Ciudad Lavanda, Ash se quitó la ropa, dispuesto a darse una merecedora ducha fresca. Pikachu estaba avergonzado de haber perdido tan fácilmente y ni siquiera miraba a su compañero de batallas. Simplemente se sentó en un rincón de la cama, cabizbajo. Pero Ash había olvidado por completo a su pokémon. Quería pensar en Misty, su único consuelo. Estaba bajo la ducha y creyó que la única forma de alejarse del mundo que tantas preocupaciones le estaba dando, era acordarse de cuando vio a su amiga metida en aquel rojo bikini que le quedaba tan bien. Se la quiso imaginar abrazada a él, en la ducha, mientras el agua recorría su cuerpo y hacía que aquella delgada tela se transparentase. Por arte de magia, el bikini se desabrochaba solo y caía al suelo de la bañera. Ash se sintió feliz.

La pelirroja entrenadora entro en la habitación, gritando el nombre de su amigo. Ya era hora de marcharse y él se estaba retrasando. Misty oyó el agua de la ducha y supuso que él no podría oírle. Decidió entrar en el baño, tapándose los ojos con las manos y meter prisa al muchacho. Ella resbaló y cayó al suelo, estaba todo mojado... de sangre... Misty gritó y salió a rastras del baño. Ash estaba dentro de la bañera, con la mirada perdida y había dejado caer sus brazos fuera, llenos de sangre. De sus muñecas aún salían montones de líquido rojo, que se mezclaba con el agua interminable que salía del grifo. De su cara emanaba una ligera y triste sonrisa. Ash al fin había comprendido: las marcas que su padre tenía en sus muñecas habían sido provocadas por un pokémon, sí, por el pokémon que le derrotó e hizo que se sumiera en una depresión... El padre de Ash fue un cobarde por abandonarle de esa manera... “¿Ves, papá? Yo quiero ser como tú... Te quiero...”

